

El libro de los amigos del bosque

(Versión adaptada y traducida del original de
A.H. McCartney)

Capítulo 1. Conociendo nuevos amigos.

Gran Castor Marrón tenía un anuncio muy importante que hacer. Nadó al centro de la laguna y dio tres palmadas de cola en el agua. ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

Al oír la fuerte señal, todos los demás castores en el estanque se preguntaron: “¿Qué estará pasando?”

Desde todo el estanque, los castores, jóvenes y viejos, nadaron rápidamente hacia donde estaba Gran Castor Marrón. Era un animal muy inteligente, y sabía mucho sobre el bosque y el estanque. Todos los otros animales y aves en el bosque eran sus amigos.

–Castores grandes y pequeños. –anunció Gran Castor Marrón–. Algunas personas han llegado a vivir en el claro a lo largo de la orilla del río. Tic-Tac, la ardilla, me dijo que se llaman la familia Jones. Parecen muy amables, y cuando di una palmada de cola, todos ellos me saludaron. Si van a ser nuestros amigos, debemos ir a dar a cada uno un nombre del bosque.

Hubo mucho entusiasmo entre los castores mientras nadaban por el río hasta el claro del bosque donde vivía la familia Jones.

Al principio, ningún miembro de la familia Jones vio a los castores que se asomaban discretamente a un lado de la orilla del río. Entonces, una de las personas más altas por fin atisbó las cabezas marrones de los castores y susurró:

–Creo que tenemos algunos castores visitantes. No os deis la vuelta demasiado rápido, o podríamos espantarlos.

Los otros cinco miembros de la familia lentamente miraron a su alrededor y vieron a los castores escondidos. Con una gran sonrisa, una de las personas dijo:

–¿No os dije que íbamos a encontrar nuevos amigos en el bosque? Debe de haber una colonia de castores en el estanque cerca del río.

Los castores observaron cuidadosamente para ver si podían escoger un nombre que describiera a cada miembro de la familia Jones. Al final, un golpe de cola de Gran Castor Marrón señaló que ya era hora de volver al estanque.

Más tarde, cuando los castores estaban sentados en el interior de su madriguera, compartieron todo lo que habían visto en el claro. Empezaron a sugerir sus ideas para los nombres de los miembros de la familia Jones.

–Castores, ¿recordáis a la persona alta que nos vio primero? –preguntó Gran Castor Marrón– Debe de tener una vista tan buena como la de un halcón. Vamos a llamarle “Ojo de Halcón”.

–Oh, ¡eso es un nombre espléndido! –corearon todos los demás castores.

Chip y Chatter, los castores gemelos, comentaron:

–Cuando vimos a la que llevaba ropas de muchos colores, pensamos en el hermoso arco-iris sobre el bosque después de una tormenta. ¿Por qué no la llamamos Arco-iris?

–¡Maravilloso! –animaron los otros castores.

–Vi a una persona que se movía usando una silla de ruedas. Debe de ser muy inteligente para ser capaz de hacer eso –observó otro castor.

–Entonces, ¿por qué no lo llamamos “Cola Anillada”, ya que es tan inteligente como un mapache? –sugirieron varios castores.

Cuando uno de los castores más pequeños empezó a hablar, todo el mundo se quedó callado para escuchar sus palabras:

–Una de las personas tenía unos ojos muy brillantes, y cuando sonrió, su sonrisa me hizo sentir tan cálido y cómodo por dentro que podríamos llamarla “Rayo de Sol”.

–Caliente como el sol, –coincidieron los otros castores– sí, vamos a llamarla así.

–Y luego estaba la niña que se divertía salpicando mucho con los pies en el agua, –dijo otro de los castores– podríamos llamarla “Burbujita”.

–¡Sí! ¡Sí! Y no os olvidéis del niño cuyo pelo tenía el color rojo de un zorro. Podríamos llamarlo “Rusty”.

Y así fue como los castores del estanque pusieron nombre a todos los miembros de la familia Jones para que pudieran ser amigos del bosque.

Capítulo 2. La ley del Castor.

“Los castores se divierten, trabajan duro y ayudan a sus familias y amigos”

Esa misma noche, cuando los miembros de la familia Jones se preparaban para ir a dormir, se oyó el sonido de las primeras gotas lluvia golpeando el techo. A lo largo de toda la noche, mientras la familia dormía, la lluvia siguió cayendo. Al salir el sol por la mañana, los rayos brillaban en las gotas de lluvia que se aferraban a las hojas y a la hierba.

Cuando la familia Jones estaba sentada alrededor de la mesa del desayuno, Arco Iris frunció el ceño y dijo:

–Estoy preocupada por nuestros nuevos amigos castores. La lluvia de esta noche habrá inundado el río, y el agua más alta puede haber dañado la presa de los castores. ¿Por qué no vamos a ver cómo les fue a nuestros amigos castores?

Después de ponerse las botas de agua y sus chaquetas, la familia caminó hasta la pista forestal en dirección a la presa de los castores. Cada parte fangosa del camino resultaba difícil para las ruedas de la silla de Cola Anillada, y Rusty y burbujita tenían que ayudarlo.

Al llegar a la presa, Arco Iris vio que tenía razón. La subida del agua se había llevado parte de la presa, y el agua salía a borbotones a través de la ruptura.

–¡Mirad! –dijo Rayo de Sol– La presa se rompe, ¿qué podemos hacer para ayudar?

–No creo que necesitemos hacer nada para ayudar –respondió Arco Iris–. Vamos a sentarnos en esas grandes rocas de allí y a observar con cuidado.

Al llegar junto a las rocas, la familia vio aparecer a los castores entre los abetos. Al igual que un pequeño constructor, Gran Castor Marrón examinó la presa. Rápidamente se unieron varios castores, cada uno con un trozo de árbol o una rama, y comenzaron a trabajar juntos para tapan la ruptura de la presa. Según los castores reparaban la presa, cada nueva rama parecía encajar como una pieza de un puzzle. Una y otra vez los castores regresaban con ramitas, y poco a poco el agua que se escapaba comenzó a disminuir. Todos los castores trabajaron ayudando a su familia y amigos, consiguiendo que hasta un trabajo tan duro como arreglar la presa se convirtiera en una actividad muy divertida.

–Bueno –dijo Ojo de Halcón–, ahora sabemos por qué los llaman “castores impacientes”.

–Sí –se rió Rusty–, ese es un buen nombre para llamarlos.

–Oh, ¡mirad ese pequeño castor de ahí! –exclamó Rayo de Sol– El que empuja el tronco grande.

–Es un castor joven, se llaman “kits”–respondió Cola Anillada–. Una vez que los kits aprenden lo importante que es ayudar a los otros, se convierten en castores impacientes. Haciendo ese gran esfuerzo, el pequeño castor está aprendiendo cómo ser útil para los demás castores de la colonia.

Los castores continuaron presionando más y más ramas y troncos en la brecha de la presa, hasta que el agua que se escapaba se convirtió en un goteo, y a continuación se detuvo por completo. Los castores esperaron unos minutos para asegurarse de que la presa estaba realmente reparada, y luego, tomando una gran bocanada de aire, todos ellos se zambulleron hasta el fondo de la laguna, donde se encontraba la entrada a la madriguera. Tras nadar hasta el final del túnel que conectaba con su madriguera, los castores descansaron, resguardados y cálidos.

Caminando de regreso por el sendero hacia la casa, la familia Jones habló sobre cómo todos los castores parecían trabajar juntos.

–¿Sabéis? –dijo Ojo de Halcón– La reparación de la presa habría sido un trabajo muy duro para un solo castor, y habría tardado un tiempo terriblemente largo en terminarlo. Pero como todos los castores, incluido el más pequeño, ayudaron, el agujero de la presa se resolvió rápidamente, y todos volvieron a su madriguera felices.

–Tal vez podríamos trabajar como castores en nuestra casa –sugirió Rusty. Podríamos compartir tareas como cocinar y limpiar después de comer, o mantener la casa limpia y ordenada.

–Y al trabajar juntos añadió Arco Iris–, podríamos hacer del trabajo duro una diversión, y conseguir acabarlo más rápido.

–Y entonces todos tendríamos más tiempo para jugar –dijo Rayo de Sol.

–¡Y para nadar! –exclamó Burbujita.

–¡Y comer galletas! –añadió Cola Anillada.

–¡Vamos! –gritaron todos los miembros de la familia Jones, mientras continuaban por el camino de vuelta.

Capítulo 3. El lema del Castor.

“Compartir. Compartir. Compartir.”

Sentada en una rama del gran roble que daba al estanque, Tic-Tac, la ardilla, no podía creer lo que veía. Bajo el árbol, todos los castores de la colonia trabajaban juntos afanosamente para reunir los alimentos más selectos para el invierno.

–No puedo entenderlo, ¡yo simplemente no puedo entenderlo! –exclamó Tic-Tac, moviendo su cola espesa de arriba a abajo– ¿Por qué los castores comparten todo ese trabajo? ¿Por qué no se comportan como ardillas, recociendo cada uno comida para sí mismo sin preocuparse por los demás?

Parloteando consigo misma, Tic-Tac recorrió de lado a lado la rama del árbol hasta que decidió que necesitaba hablar con alguien acerca de este extraño comportamiento de los castores. Tic-Tac se preguntó si tal vez Malak, el gran búho sabio, estaría despierto en su rama en lo alto del roble. Trepando por el tronco áspero y luego saltando de rama en rama, Tic-Tac finalmente llegó a la parte superior del árbol, donde encontró a Malak, el búho, pacíficamente dormido.

–Despierta, Malak, ¡Despierta!

Poco a poco, abriendo primero un ojo y después otro, Malak bostezó:

–¿Quiéeeeeeeeeeeeeeeeee en eeeee?

–¡Soy yo, Tic-Tac, la ardilla! ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué hacen eso?

–¿Por qué hacen qué? –preguntó Malak somnoliento, erizando las plumas, estirando lentamente un ala y después la otra.

–¡Los castores! –chilló Tic-Tac– Los castores están compartiendo todo el trabajo. Los vi recoger comida todos juntos. Yo no entiendo por qué lo hacen.

–Oh, ya veo de qué estás hablando, Tic-Tac –dijo Malak, ahora completamente despierto.

–Cuando salgo y recojo mi comida, la escondo en montones por todo el bosque –explicó Tic-Tac–, y también lo hacen las otras ardillas. Cada una de nosotras mantiene su propio almacén de alimentos. Pero los castores no. Ellos trabajan juntos y comparten todo. ¿Es que todos los castores comparten su comida?

–Efectivamente, eso hacen –respondió Malak–. Esos castores tan ocupados son muy inteligentes. Si miras de cerca, verás que algunos de ellos trabajan en la presa, mientras que otros enseñan a los más jóvenes a nadar. Mira hacia abajo por aquí, Tic-Tac. Verás a Gran Castor Marrón enseñando a los jóvenes castores cómo roer árboles, para que todos puedan recoger ramas para la presa. Los

castores comparten su trabajo y se ayudan unos a otros a aprender y recoger alimentos. Luego, durante el invierno, tienen toda esa comida para compartir todos juntos. Ayudándose unos a otros construyen una forma feliz de vida. Y – agregó Malak guiñando los ojos– estoy seguro de que, al compartir, los castores no tienen problemas para recordar dónde han escondido sus reservas de comida para el invierno.

–Hmmmmmmm. Una idea interesante –dijo Tic-Tac, pensativa–. Me pregunto si el intercambio funcionaría para otros animales como las ardillas, voy a tener que pensar en eso, gracias Malak.

Tic-Tac se escurrió hacia las ramas bajas del árbol, charlando consigo misma mientras bajaba.

Antes de volverse a dormir de nuevo, Malak miró sonriendo a los castores ocupados en su trabajo por debajo. “Sí, son muy inteligentes, los castores. Ellos saben cómo trabajar, jugar y compartir juntos. Van a tener un buen invierno con mucha comida. Hoo-hum” bostezó. “¡Si yo no fuera un búho, creo que podría gustarme ser un castor!”

Capítulo 4. Keeo y la luz mágica.

Aunque Gran Castor Marrón era un gran castor, el castor más grande de los castores del estanque era el castor Keeo. Cuando Keeo nadaba de un lado a otro del charco, su paso producía olas que se estrellaban ruidosamente contra la orilla. Hoy, sin embargo, las olas no eran causadas por el nado de Keeo: una tormenta parecía aproximarse al estanque desde el bosque.

Keeo miró hacia las nubes que se acercaban rápidamente, y recordó la fuerte lluvia que había inundado el estanque y se había llevado parte de la presa unos días antes. Debido que los castores acababan de terminar la reparación de la presa, Keeo no quería más inundaciones. Justo en ese momento, en la distancia, vio un destello brillante de luz y oyó un estruendo lejano.

“Bueno,” pensó Keeo, viendo como unas nubes oscuras comenzaban a cubrir el cielo, “parece que el estanque va a sufrir otra tormenta”.

Como otras veces, justo antes de iniciarse la tormenta, el viento empezó a soplar más fuerte. Las ramas de los árboles se agitaron y unas grandes olas blancas comenzaron a abrirse paso a través del charco. Todos los castores se escabulleron para refugiarse, pero Keeo se quedó para asegurarse de que todos y cada uno de los pequeños estaban a salvo en el interior de la madriguera.

De repente, otro resplandor brillante iluminó el cielo, pero no era realmente un rayo ni un destello de sol. Como Keeo pronto iba a descubrir, aquel destello tenía algo de mágico. La luz iluminó el lugar en que Keeo estaba sentado, bañando al enorme castor en su resplandor maravilloso.

Keeo se sentía extraño. De alguna manera sabía que algo mágico le había ocurrido. Al mirar hacia abajo, descubrió que toda su piel marrón ¡se había vuelto de plata! Y de repente se dio cuenta de que algo aún más extraño había ocurrido: para su gran sorpresa y asombro, Keeo descubrió que no sólo estaba pensando en palabras de castor, sino también como una persona!

Cuando pasó la tormenta, todos los castores de la presa se reunieron en torno al ahora plateado Keeo. En lenguaje de castor, Keeo les contó lo que el destello de luz mágica había hecho. Incluso habló unas palabras en la lengua de los humanos para mostrar a los otros castores lo que ahora podía hacer. No entendía por qué le había sucedido aquello, así que preguntó a todos los castores:

–¿Por qué creéis que puedo hablar nuestro lenguaje de castor y también el idioma de la gente?

Los castores pensaron y pensaron, hasta que finalmente el castor más pequeño de todos dijo:

–Ahora que eres capaz de hablar con las personas y con los animales, podrás hablar con la familia Jones en nombre de todos los animales del bosque,

especialmente en nombre de los castores. Así nosotros, los animales, podremos aprender de nuestros amigos humanos, y ellos podrán aprender todas las cosas importantes sobre la naturaleza y nuestro bosque. Tú, Keeo, serás capaz de ayudarnos a todos a aprender a cuidar el mundo mejor que antes.

Keeo sabía que las palabras del pequeño castor eran ciertas, y estaba a la vez emocionado y asustado. Se preguntó si podría hacer un trabajo tan importante. ¿Cómo reaccionaría la familia Jones ante su nueva capacidad de hablar? Keeo se dio cuenta de que este era el comienzo de algo nuevo, divertido y emocionante.

Capítulo 5. Una invitación para divertirse en el estanque.

Mientras Keeo nadaba lentamente por el río hacia la casa de la familia Jones, pensó nerviosamente: “¿Cómo voy a ser capaz de acercarme a la gente y simplemente comenzar a hablar con ellos?”. Pensó en todas las cosas que podría decirles, hasta que finalmente se decidió: “Iré, les diré solamente quién soy, y ya veremos qué pasa después”.

Cuando Keeo llegó al claro donde vivía la familia Jones, vio a Ojo de Halcón y a Rayo de Sol de pie cerca de la orilla del río.

–¡Mira! –exclamó Rayo de Sol con voz sorprendida– ¡Un castor de plata!

Y antes de que Ojo de Halcón tuviera oportunidad de responder, Keeo habló con valentía:

–Hola. Mi nombre es Keeo, soy un castor mágico.

Rayo de Sol y Ojo de Halcón se miraron preguntándose “¿Realmente he oído a un gran castor plateado hablándome?”.

Como ni Ojo de Halcón ni Sol parecían dispuestos a decir nada, Keeo añadió:

–He venido a visitaros.

Aunque Rayo de Sol aún no estaba completamente segura de estar realmente escuchando a un castor plateado hablando, decidió ser educada:

–Bueno, hola a ti también, Keeo. Estoy contenta de que nos visites –y con estas palabra, sacó su mano izquierda y sacudió la pata delantera de Keeo.

–¡Oíd todos! –gritó entonces Ojo de Halcón– ¡Venid corriendo a conocer a nuestro nuevo amigo!

Cuando el resto de miembros de la familia Jones se hubo reunido alrededor del castor Keeo, le preguntaron lo que todos estaban pensando:

–¿Cómo llegaste a ser un castor mágico?

Durante toda la mañana, Keeo respondió a las muchas preguntas de la familia. Les contó toda la historia acerca de la luz brillante y cómo su pelaje se había convertido en plata y su sorpresa al descubrir que podía hablar como la gente. Luego pasó a explicar como los castores habían dado a cada miembro de la familia Jones un nombre de bosque especial. A Keeo le alegró mucho descubrir que a todo el mundo le gustaba su nuevo nombre.

En algún momento, mientras Keeo contaba su historia, su estómago produjo un bajo estruendo, como el ruido de un trueno cuando está lejos. Se dio cuenta de que habían pasado varias horas desde la última vez que había comido. Cola Anillada reconoció el sonido, ya que su propio estómago hacía un ruido similar cuando tenía hambre.

–Keeo, ¿quieres algo de comer? Puedo compartir mis palitos de zanahoria contigo.

Keeo no había visto ni probado una zanahoria en toda su vida. Tomó el alimento naranja que Cola Anillada le tendía y mordió cautelosamente. “Mmmmm”, pensó mientras mascaba, “Muy sabroso, pero menos crujiente que la rama de sauce que tomé esta mañana”

Y así Keeo pasó la mayor parte del día hablando y divirtiéndose con la familia Jones. Cuando el sol empezó a deslizarse por detrás de los árboles, supo que era hora de volver a la laguna con el resto de castores de la madriguera. Antes de bajar de nuevo al río, Keeo tuvo una idea y la propuso:

–¿Queréis venir mañana a la presa y conocer a todos los demás castores?

–¡Qué gran idea! –respondió Arco Iris– Nos encantaría visitaros. Nos reuniremos en el estanque por la mañana temprano.

Esa noche, el sueño tardó en llegar a los miembros de la familia Jones y a los castores que se acurrucaban en la madriguera. Todos pensaban en las cosas mágicas que iban a pasar al día siguiente.

Capítulo 6. El mágico mundo de los castores.

A la mañana siguiente, al salir el sol sobre el estanque, todos los castores se movían de un lado a otro sin parar. Había tanta emoción que Gran Castor Marrón tuvo que reunir a todos los castores en un intento de calmarlos.

–Grandes y pequeños castores –anunció–. La familia Jones estará aquí pronto, así que vamos a comprobar que todo está listo para estar completamente seguros. ¿está la madriguera limpia y ordenada para nuestros visitantes?

–¡Sí! –respondieron los castores con entusiasmo.

–¿Y tenemos algo que ofrecerles de comer cuando lleguen? –preguntó Gran Castor Marrón.

–¡Sauces y ramas de álamo! –dijeron a coro los castores.

–¡Oh! –dijo Keeo– No creo que la gente coma sauces y ramas de álamo. Yo creo que tendremos que pensar otra cosa.

–Y una última pregunta –dijo Gran Castor Marrón– ¿Hemos hecho la entrada bajo el agua más grande para que las personas puedan entrar nadando?

–¡Sí! –gritaron los castores– Compartimos el trabajo, así que absolutamente todo está listo.

–Bien hecho, castores –dijo Gran Castor Marrón con orgullo–. Entonces estamos todos listos. No hay más tiempo hasta que llegue la familia Jones por el sendero.

Los castores no eran los únicos que estaban emocionados por la mañana; toda la familia Jones había despertado tan temprano que hasta pudieron ver la salida del sol, y el brillo de sus rayos sobre el rocío en la hierba. Desayunaron rápidamente, y se encaminaron felizmente por el sendero hacia el estanque.

Al llegar a la orilla del estanque, Keeo estaba esperándoles:

–¡Bienvenidos! –dijo Keeo– Espero que estéis listos para jugar en el estanque con nosotros.

Los miembros de la familia Jones se miraron, y un avergonzado Cola Anillada dijo:

–Oh, ¡me temo que no estamos vestidos para nadar!

–No pasa nada –respondió Keeo– Con mi ayuda mágica seréis capaces de nadar y actuar exactamente como un castor, sólo haced lo que os diga. En primer lugar, daos la mano y haced un círculo. Ahora, tomad los dedos índice y corazón y dobladlos para que parezcan las paletas de un castor. Poneos en cuclillas, como si

fuerais a roer una rama de sauce. Y preparaos, porque en cuanto diga las palabras mágicas, ¡podréis bucear en el estanque como castores de verdad! ¿Estáis todos listos?

–¡Sí! –gritó al unísono la familia Jones.

–Muy bien, ¡allá vamos! –dijo Keeo, y cantó las palabras mágicas– ¡Castores, castores, castores! ¡Compartir, compartir, compartir!

De un salto, la familia Jones se zambulló en el agua tras el Castor Plateado.

–¡Guau! –exclamó Rusty– Somos como los castores.

Mientras Keeo nadaba por delante guiándolos, diminutas burbujas se aferraban a sus bigotes y su espeso pelaje de plata.

–¡Mira cuántos peces! –gorgoteó cola anillada.

–Sí –respondió Keeo–. Además de los peces, nuestro estanque es el hogar de muchos otros animales como patos, gansos, ranas, tortugas e insectos. Todos dependemos unos de otros para mantener el estanque seguro y limpio.

Volviéndose hacia la entrada de la madriguera, Keeo dio un golpe de cola y nadó a través de la abertura del túnel. Uno por uno, los miembros de la familia Jones siguieron a Keeo a través del paso hasta que, con un ligero empujón hacia arriba, sus cabezas aparecieron dentro de la madriguera de los castores.

¡Hurra! –exclamó toda la colonia cuando reconocieron a sus nuevos amigos.

Cuando la familia Jones se hubo sentado cómodamente, el castor más pequeño se adelantó y dijo:

–Queríamos compartir nuestra comida con vosotros, pero Keeo dijo que no creía que os gustasen las ramas de álamos y sauces. Así que decidimos que las manzanas silvestres de un árbol del bosque estarían bien, ya que no importa si se mojan.

–Eso es cierto. Bien pensado –dijo Cola Anillada cuando Keeo terminó de traducir lo que había dicho el pequeño castor.

Mirando alrededor en la madriguera, Rusty se maravilló de cómo estaban contruidos los muros con ramas fuertes y barro.

–Hey, vuestra madriguera es grande –dijo–. Es lo suficientemente amplia como para tumbarme, y hasta yo podría ponerme de pie y no golpearme la cabeza en el techo.

–Estando aquí –preguntó Ojo de Halcón– ¿se pueden escuchar los ruidos de la selva?

-No -respondió Keeo-. Excepto el sonido del agua, raramente escuchamos nada. Cuando Cola Anillada y Arco Iris vienen en su canoa podemos oír el chapoteo de sus remos en el agua, y también os oímos a todos cuando vais a nadar.

-Bueno -comentó Arco Iris-, vuestra madriguera ciertamente debe de ser un lugar muy tranquilo y apacible para estar.

La familia Jones estuvo en la madriguera un largo rato, contando a los castores muchas cosas sobre la vida de los humanos. Finalmente, pensaron que ya era hora de regresar a su casa en el claro del bosque. Con ayuda de Keeo, se deslizaron fuera de la madriguera y nadaron hacia la orilla del estanque. A raíz de un movimiento de su pata y un golpe de cola, Keeo les devolvió sus características humanas una vez más.

-Sabéis, nunca me había dado cuenta hasta ahora de cuánto dan los castores al bosque -comentó Rayo de Sol, viendo a Keeo deslizarse a lo lejos.

-Sí -respondió Ojo de Halcón-. Su estanque es el hogar de muchas plantas, insectos, aves y otros animales.

-Y si no fuera porque los castores hicieron la presa -añadió Burbujita- nosotros no tendríamos un lugar tranquilo para nadar y navegar en canoa.

-Siento que deberíamos dar a los castores algo a cambio de todo lo que nos dan, pero no se me ocurre nada -dijo Arco Iris tristemente.

Viendo una vieja lata oxidada que Burbujita acababa de recoger, a Cola Anillada se le ocurrió una sugerencia:

-Ya sé lo que podemos hacer. Podemos ayudar a mantener el estanque y el bosque limpio de basura que otras personas dejen atrás. De esa manera el estanque seguirá siendo un lugar seguro para todos los animales que lo utilizan.

-Y podemos construir cajas nido para los patos y las golondrinas que no puedan encontrar un hogar alrededor de la laguna -sugirió Rusty.

Todo el mundo empezó a hablar con entusiasmo sobre todos los proyectos divertidos que podrían hacer para ayudar a mantener el estanque de los castores como un hermoso y mágico lugar.

Mientras Keeo veía a la familia Jones alejarse por el camino, sabía que esas personas ahora se habían convertido en los mejores amigos del bosque. Y esa era la magia más grande de todas.

Capítulo 7. Recordando la Promesa del Castor

Caía la noche y ahora, tras toda la emoción de la visita de la familia Jones, los castores finalmente comenzaron a sentir sueño. Mientras yacían acurrucados juntos, pensaron en todos los acontecimientos del día. Mirando hacia arriba con los ojos pesados, uno de los castores preguntó:

–Gran Castor Marrón, ¿son todas las colonias de castores tan felices como nosotros?

–Sí, creo que lo son –respondió Gran Castor Marrón–. Mirad, como castores, hemos aprendido lo que realmente significa compartir. Hemos aprendido lo importante que es trabajar en conjunto como una colonia, cuando todo el mundo, desde los más pequeños hasta el castor más antiguo, se pone manos a la obra. Nuestros nuevos amigos, la familia Jones, también saben lo que es compartir. Ellos se escuchan entre sí y se ayudan unos a otros cada vez que pueden. Trabajan como una familia para divertirse, y es por eso que son una familia feliz.

–Y –agregó Keeo– lo que también hace que los castores sean felices es conocer amigos nuevos, como hemos hecho con la familia Jones. Como castores, compartimos todo lo que sabemos acerca de la naturaleza con la familia Jones. A su vez, ellos nos han hablado acerca de cómo en las sociedades humanas también trabajan para cuidar el mundo, compartiendo y ayudándose unos a otros.

A medida que los castores empezaron a bostezar, Gran Castor Marrón dio un suave golpe de cola y murmuró:

–Buenas noches, y buen trabajo para mañana.

–Buenas noches, Gran Castor Marrón –respondieron los demás castores en un susurro.

Capítulo 8. Nadando río arriba

A medida que el sol se levantaba sobre el estanque, los castores mayores fueron los primeros en despertar. Eran los que tenían más energía y curiosidad, y a menudo le preguntaban a Keeo sobre lo que sucedía en el mundo fuera del estanque. Esta mañana no iba a ser diferente, y saltando sobre Keeo, que seguía durmiendo, comenzaron a gritar sus preguntas:

–Por favor, Keeo, háganos de lo que ocurre en el mundo exterior.

Keeo despertó y les sonrió. Sabía que había llegado el momento de que estos castores descubrieran por sí mismos las respuestas a sus preguntas. Con un brillo en los ojos, les dijo:

–Si estáis listos para aprender sobre el mundo más allá de la laguna, seguidme.

–¡Hurra! –gritaron los castores, pues sabían que Keeo sólo pedía que lo siguieran a los castores más antiguos, y se sentían muy orgullosos y mayores.

Mientras los castores jóvenes aplaudían y saludaban, Keeo y los castores mayores salieron de la madriguera y empezaron a nadar río arriba. Vieron como el bosque se transformaba gradualmente en una exuberante selva verde. Los castores comenzaron a oler, escuchar y ver cosas que nunca habían experimentado antes. Todos estos olores, sonidos y lugares nuevos les ponían un poco nerviosos, y empezaron a desear estar de vuelta en su cálido y acogedor estanque.

Mientras nadaban, los castores empezaron a oír un aullido que resonaba en toda la selva. “¡Auuuh! Ven a saltar con nosotros. ¡Auuuh! Ven a correr con nosotros”, parecía decir. La llamada de invitación excitaba a los castores con su encanto místico. El aullido parecía estar cada vez más cerca, y la curiosidad de los castores despertó aún más al ver sombras correr entre los árboles. Siguieron nadando hasta alcanzar un claro cubierto de niebla a lo largo de la orilla del río, iluminado por el sol de la selva.

Cuando Keeo hubo reunido a los castores a su alrededor en la orilla, preguntó:

–¡Castores! Antes de continuar, decidme, ¿qué habéis aprendido al ser parte de la colonia?

–¡Cómo compartir! –respondió un castor

–Cómo divertirse, trabajar duro y ayudar a la familia y amigos –añadió otro.

–Y a comprometernos a cuidar el mundo –dijo un tercero.

–Muy bien –dijo Keeo con orgullo–. Ahora estáis listos para aprender sobre la vida más allá del estanque.

El sonido de las palabras de Keeo se fue apagando, y los castores comenzaron a sentir un cosquilleo en la piel y en los bigotes. De repente, hubo un destello brillante, y una luz mágica los envolvió.

Mirándose fijamente entre sí, los castores se dieron cuenta de que sus colas planas y pies palmeados habían sido reemplazados por colas peludas y patas fuertes. En un abrir y cerrar de ojos, habían pasado de ser castores a convertirse en cachorros de lobo.

Deseosos de probar sus nuevos pies, los cachorros saltaron alrededor, pero después de unos pocos saltos ya estaban gritando “¡Ay! ¡Au!”. Sus pies, acostumbrados a caminar sobre el barro blando de la laguna, no estaban preparados para los palos y las rocas del suelo de la selva.

En medio de todo el entusiasmo, los nuevos cachorros no se percataron de la llegada silenciosa de la manada de lobos de la selva. La manada hizo un círculo a su alrededor, y un gran lobo se adelantó para hablar con Keeo:

–Keeo, ¿Son estos los nuevos lobatos que desean explorar la selva y todo lo que tiene que ofrecer?

–Sí, Akela, líder de la manada –respondió Keeo–. Estos lobatos ya han aprendido las lecciones de la colonia.

Entonces Akela se volvió hacia los nuevos lobatos y les dijo:

–Bienvenidos, lobatos. Os invitamos a correr con nuestra manada y a aprender los caminos de la selva.

–Pero –preguntó uno de los nuevos lobatos– ¿cómo podremos correr con vosotros si el suelo daña nuestros pies?

–Los lobatos más antiguos os ayudarán a hallar los caminos más suaves para seguir al principio –respondió Akela–. Y si os acordáis siempre de hacer lo mejor, pronto vuestros pies serán tan resistentes como los nuestros. Entonces seréis capaces de moveros no sólo con la manada, sino en vuestras propias aventuras.

Los demás lobatos de la manada aullaron las siguientes palabras para mostrar su acuerdo y dar la bienvenida a los nuevos lobatos:

–¡Akela, haremos lo mejor!

Y, con los lobatos mayores ayudando a los nuevos a lo largo del camino, Akela y la manada se deslizaron suavemente hacia la selva, donde las más emocionantes aventuras les esperaban.